

**A Configuraciones de orden (¿o de desorden?)
mundial, de Westfalia al presente**
*World Order Configurations: From Westfalia to the
present day*
FRANCISCO MANUEL CORIGLIANO¹

Resumen: Este trabajo procura analizar las diferentes configuraciones de poder mundial de los últimos cuatro siglos transcurridos desde la Paz de Westfalia de 1648, que dio origen al sistema internacional moderno, centrado en el Estado-nación como actor portador de soberanía y de justicia dentro de las fronteras que gobierna. Dicho sistema ha sufrido diversas trasmutaciones a lo largo de este período, tanto en el tipo de actores miembros del mismo (reinos, Estados, actores trans y subnacionales) en el grado de consenso o disenso en las reglas escritas y no escritas que rigen las interacciones entre estos actores (grado de homogeneidad y/o heterogeneidad del sistema).

Palabras claves: balance de poder; concierto de poderes; polaridad; homogeneidad; heterogeneidad.

Abstract: This paper seek to analyze the different configurations of power in the last four centuries from the Peace of Westfalia in 1648, the origin of the modern international system, centered in state-nation like actor who possess sovereignty and justice inside frontiers governed from that state. This system suffered a lot of changes across this period, as much as the type of constitutive members (reigns, states, trans and subnational actors), like in the written and unwritten rules who govern the interplays between these poles (grade of system's homogeneity and/or heterogeneity).

Keywords: Balance of power; concert of powers; polarity; homogeneity; heterogeneity.

Recibido em:
05 de Dezembro de 2016

Received on:
December 05, 2016

Aceito em:
23 de Janeiro de 2017

Accepted on:
January 23, 2017

DOI: 10.12957/rmi.2016.26994

¹Doctor en Historia en la Universidad Torcuato Di Tella. Profesor en cursos de grado y posgrado en FLACSO y Universidades de Buenos Aires, San Andrés y Torcuato Di Tella. **Dirección postal:** Universidad de San Andrés, Vito Dumas 284, B1644BID Victoria, Buenos Aires. **Correo electrónico:** fcorigliano@gmail.com

I. Introducción

Este artículo procura analizar las once configuraciones de orden (¿o desorden?) mundial transcurridas desde la Paz de Westfalia (1648) hasta nuestros días. Quien escribe estas líneas parte del supuesto de que la dinámica de emergencia, transición y agotamiento de las diversas configuraciones de orden mundial no se explica sólo en términos de acuerdos entre Estados bajo las modalidades de balance de poder, concierto de poder o liderazgo hegemónico en sus formatos unilateral y multilateral, como tienden a hacerlo la mayoría de los académicos y formuladores de políticas inclinados a una visión *realista* de las relaciones internacionales. Dicho proceso también se nutre de la compleja interacción entre intereses y preferencias de actores y agentes estatales y no estatales –sean estos últimos *sub-nacionales* o *supra-nacionales*, es decir, estén *por debajo* y *por encima* de las entidades estatales-. Por ello, este artículo propone revisar las distintas configuraciones a través de una *lente teórica ecléctica* que combine elementos propios de la escuela *realista* –la importancia de la regulación interestatal cooperación-conflicto en la evolución de dichas configuraciones- con los de la matriz de *interdependencia compleja* de Keohane y Nye (1988) –que postula que los

Estados no son los únicos actores en la escena internacional, y que coexisten con actores no estatales sub y supranacionales, cuyas acciones también explican los éxitos y los fracasos de los esfuerzos de regulación interestatal. Justamente este complejo entrecruzamiento de intereses –a veces convergentes, las más de las veces divergentes- entre actores estatales y privados por encima y por debajo de las entidades estatales llevó a quien escribe estas líneas a hablar de orden o desorden internacional.

Como última aclaración introductoria, vale explicar al lector cómo era el mundo antes de Westfalia, paz que inició el camino hacia el moderno sistema internacional de Estados. Era uno dominado por formas políticas levemente territorializadas, en las que las autoridades se entremezclaban y chocaban, tornando inasible el concepto de “internacional”. Incluso los “imperios” existentes –como el español o el chino- no ejercían el control político-territorial con la claridad que se les suele atribuir a los órdenes imperiales, dejando escapar espacios de autonomía regionales y cambiantes –el caso español- y complejos vasallajes – el chino- (Badie, 2013: 31).

II. Las distintas configuraciones de orden (o de desorden) mundial, de Westfalia al presente

1. Primera configuración: de la paz de Westfalia (1648) al fin de las guerras napoleónicas y la celebración del Congreso de Viena (1815): coaliciones volátiles y cambiantes

Esta primera configuración fue un sistema de interacciones entre reinos europeos en el formato de *coaliciones volátiles y cambiantes*. Las mismas estaban basadas en la común necesidad de aislar al poder más fuerte -en ese período, Francia- y, por esta vía, mantener la pluralidad de entidades políticas soberanas, evitando la conformación de un polo de poder o imperio (Badie, 2013: 23 y 31). Westfalia cerró la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) y, con ella, un ciclo de guerras de religión características de los siglos XVI y XVII entre la Reforma Protestante y la Contrarreforma católica. Esta paz también clausuró el sueño de imperio continental de los reyes Habsburgos o Casa de Austria -los de la rama española del siglo XVI, Carlos I de España (y V de Alemania) y Felipe II; y el de la austríaca en el XVII, el emperador Fernando II.

El padre de este orden westfaliano de múltiples entidades políticas pugnando

por su poder soberano y no por principios religiosos fue, paradójicamente, un príncipe de la Iglesia católica, Armand Jean du Plessis, cardenal de Richelieu, primer ministro de Francia entre 1624 y 1642. A diferencia del resto de los actores políticos europeos, movidos por el celo religioso, Richelieu orientó sus acciones sobre la guía de la *raison de état*, es decir, la razón del Estado francés por encima de toda consideración ética o religiosa. Para el ministro francés, el intento del emperador Habsburgo austríaco Fernando II de revivir la universalidad católica, suprimir el protestantismo y establecer un dominio imperial sobre los príncipes de Europa Central amenazaba la integridad territorial de Francia, rodeada por posesiones de los Habsburgos de la rama española o de la austríaca. Para romper ese cerco estratégico, Richelieu no dudó en dejar de lado su pertenencia a la Iglesia católica y utilizar todo medio -incluso la alianza con los protestantes- para evitar la emergencia de una Europa Central unificada bajo el trono de Viena (Kissinger, 1995: 53-57).

Contagiados por el ejemplo pionero de Richelieu, durante el siglo XVIII las naciones europeas libraron guerras ya no en nombre de la religión como en la centuria precedente, sino de la *raison d'*

état. El vacío de poder creado en Europa Central como consecuencia de la Guerra de los Treinta Años –y del fracaso de Fernando II por imponer su dominio imperial- tentó a Francia, Rusia y Prusia a expandir sus respectivas fronteras. De este proceso de mutuo choque de razones de Estado particulares en conflicto, de anarquía y rapiña por los despojos territoriales de Europa Central, surgió paulatinamente un balance de poder. Balance favorecido por la *inexistencia de polos de poder fuerte en Europa que pudiesen unificar al continente bajo un formato político imperial*; la *existencia de un Estado insular –Inglaterra- que evitó la concentración de poder continental europeo en manos de un solo soberano*; y la de *cuatro factores moderadores del conflicto entre estados europeos*: un *criterio de legitimidad compartido por los representantes de esos estados*, basado en la *herencia dinástica* y nutrido por lazos familiares o experiencias comunes entre los miembros de las elites diplomática y militar; el *escaso apego de la población no combatiente a ir a las guerras del siglo XVIII*, libradas en nombre del apetito territorial de los reyes, y no en nombre de la religión -como las del XVII- o de una ideología nacional o supranacional -como las del XIX y XX-; el *carácter rudimentario de la tecnología de las armas* y el *sesgo*

defensivo de las maniobras militares en el siglo XVIII; y la *ausencia de la opinión pública y de los medios de prensa como condicionantes de la libertad de acción de los miembros de las élites diplomática y militar para iniciar y cerrar conflictos* (Aron, 1985: 140; Kissinger, 1995: 61-66).

Estos factores moderadores del conflicto perdieron toda su validez ante el súbito estallido de dos revoluciones -la norteamericana en 1776 y la francesa en 1789- basadas en el cuestionamiento al principio de legitimidad dinástico y la defensa de la soberanía popular. A la difusión de los principios revolucionarios franceses en Europa por las tropas de Napoleón Bonaparte siguió un esfuerzo de parte de sus vencedores monárquicos por redefinir las reglas de coexistencia entre los Estados del Viejo Continente.

2. Segunda configuración de orden internacional: desde el Congreso de Viena (1815) a la Conferencia de Aquisgrán (1818): alianza reforzada por concierto

Esta nueva configuración consistió en una *alianza* entre los cuatro Estados vencedores de Napoleón (Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia). Alianza que, a diferencia de las coaliciones volátiles y cambiantes del período anterior, suponía

un compromiso de los vencedores, explícito, formalizado, sostenido en el tiempo y dirigido contra un enemigo concreto –Francia- y que apuntó a dirigir la ocupación militar en la Francia vencida y vigilar que el volcán bonapartista no se despertara por segunda vez (Badie, 2013: 23, 42). Esta Cuádruple Alianza convivió con un *concierto de poderes conservadores*, la Santa Alianza, suscripta en septiembre de 1815 por tres de estos cuatro vencedores (Rusia, Austria y Prusia) y dirigida contra los movimientos revolucionarios del continente inspirados en los principios de la Revolución Francesa (Kissinger, 1995: 83).

En la Conferencia de Aquisgrán, y tras la restauración monárquica borbónica en Francia, los cuatro fundadores del sistema de consultas periódicas iniciado en Viena en 1814-5 –y continuado en las conferencias de Aquisgrán (1818); Tropeau (1820); Laibach (1821) y Verona (1822)- no dudaron en incluir al enemigo de ayer en este club de poderosos. Este concierto de poderes europeos contó con un director eficaz, el canciller austríaco Klemens von Metternich. Hasta su alejamiento del cargo en 1848, logró a través de su Santa Alianza conservadora con Rusia y Prusia frenar por un tiempo las voces revolucionarias dentro del Imperio

austro-húngaro, la amenaza prusiana a la posición austríaca en Alemania, la rusa a la austríaca en los Balcanes, y la impaciencia francesa por reclamar el legado de Richelieu en Europa Central, que retornaría con la llegada al poder del sobrino de Napoleón Bonaparte, Napoleón III (Kissinger, 1995: 80).

3. Tercera configuración de orden internacional: de Aquisgrán (1818) a la guerra franco-prusiana (1870-1): coaliciones conniventes pero inestables

Con el ingreso de Francia en Aquisgrán, el sistema europeo-internacional adoptó una tercera configuración, basada en la *connivencia oligárquica*, un camino intermedio entre la alianza y la competencia, que, hasta 1848, llevó el sello de la habilidad diplomática de Metternich. Tras el alejamiento de éste último, y especialmente entre la guerra de Crimea (1854-6) y la franco-prusiana (1870-1), dicha connivencia se mantuvo vigente en el formato de *coaliciones conniventes pero inestables*. *Conniventes*, como lo demostraron las periódicas cumbres y frecuentes reuniones interministeriales, las intervenciones contrarrevolucionarias en Nápoles (febrero de 1821), Saboya (marzo 1821), España (1823) en nombre de la Santa Alianza, la tolerancia del

resto del club a la represión rusa en Polonia (1830) y a las neutralizaciones de Bélgica en 1831, Noruega en 1855 y Luxemburgo en 1867. *Inestables*, como lo demostraron los roces entre Inglaterra, Francia y Rusia durante la guerra de Crimea de 1854-6, la primera general europea desde 1815. En la medida en que el recuerdo de las guerras napoleónicas se borró de las mentes de los diplomáticos europeos, las convulsiones revolucionarias en Europa y Balcanes se sucedieron, el interés de Napoleón III en Francia y el del canciller Otto von Bismarck en Prusia por derrumbar el *status quo* orquestado por Metternich se impuso, el “espléndido aislamiento” británico del sistema de congresos o consultas entre potencias se consolidó, y la incapacidad de los sucesores de Metternich por mantener su legado de unidad conservadora con Rusia y Prusia se hizo manifiesta, estas coaliciones fueron cada más inestables y menos conniventes (Badie, 2013: 42-44; Rosecrance, 1992: 73-4; Kissinger, 1995: 87-132).

4. Cuarta configuración de orden mundial: de la guerra franco-prusiana (1870-1) a la Primera Guerra Mundial: la reaparición de alianzas antagónicas entre los Estados europeos

Tras la guerra franco-prusiana emergió una cuarta configuración de orden internacional caracterizada por un *antagonismo connivente* –una reaparición de alianzas antagónicas y un retorno al menos parcial del deseo de dominación- (Badie, 2013: 104). Un antagonismo connivente en el que el Concierto de Poder fue reemplazado por un sistema retornado de *balance de poder* exento de frenos morales o religiosos (Rosecrance, 1992: 74; Kissinger, 1995: 98-100). La nueva ecuación de crecimiento económico industrial a escala global y poder político-militar exento de todo elemento de moderación, azuzado por una opinión pública, una prensa y una diplomacia militar nacionalistas, precipitó al conjunto de las naciones europeas a la catástrofe de la Primera Guerra Mundial (Kissinger, 1995: 163-213; Kissinger, 2012: 101-104; Hobsbawm, 2001: 329).

5. Quinta configuración de orden mundial: del fin de la Primera Guerra Mundial al fin de la Segunda Guerra Mundial (1918-1945): un fallido concierto de poderes –la Sociedad de las Naciones- y un mundo en conflicto

El fin de la Primera Guerra (1918) abrió el ingreso a una quinta configuración de orden mundial, vigente hasta el estallido

de la Segunda Guerra en 1939 y caracterizada por un sistema internacional que, buscó construir un *nuevo concierto de poderes* a través de un multilateralismo más formal que real, institucionalizado en la Sociedad de las Naciones (SN). Dicha Sociedad pretendió ser una especie de consejo mundial que interfería en los asuntos internos de los estados y rediseñaba fronteras y soberanía ya no en nombre del balance de poder, sino en nombre de la paz mundial, defendida a través de la *seguridad colectiva* y el respeto a la *autodeterminación de los pueblos* (Kissinger, 1995: 218-219; Manela, 2005: 1122-1124). Pero la SN, privada de la presencia de los Estados Unidos y cuestionada por Alemania y Rusia, fue impotente en la práctica para frenar las políticas expansionistas de los regímenes totalitarios japonés, alemán e italiano y las alianzas cambiantes e imprevisibles que otorgaron una gran incertidumbre al juego internacional (Rosecrance, 1992: 74-5; Badie, 2013: 105)

6. Sexta configuración de orden mundial (1945-7): otro intento de concierto de poderes fallido –los Cuatro Policías–

Tras la impasse de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), entre 1945 y 1947 emergió una sexta configuración,

expresada en una *alianza frágil* entre los vencedores del conflicto, al cual se expresó en la idea de los Cuatro Policías del orden mundial de posguerra: Estados Unidos, Gran Bretaña, Unión Soviética y China nacionalista. Tras el fin de la Segunda Guerra en 1945, el presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt, resuelto a evitar las fallas de la SN y del sistema de seguridad colectiva forjado en los años 1920, buscó implementar la idea de Cuatro Policías, basada en un reparto de esferas de influencia: los Estados Unidos (EEUU) serían el gendarme del continente americano y de las posesiones norteamericanas en la costa del Pacífico; la Unión Soviética (en adelante URSS) sería el de Europa Oriental, Gran Bretaña el de Europa Occidental, y China nacionalista el de Asia.

Pero a diferencia de 1815, y como ocurriese en 1919, el intento de concierto de poder fracasó. Y de su colapso surgió paulatinamente una nueva configuración.

7. Séptima configuración de orden mundial: la bipolaridad de la Guerra Fría, de las crisis de Irán y los estrechos a la cumbre de Glassboro (1946-1967)

De este modo, a partir de las crisis de Irán y de los estrechos de los

Dardanelos y el Bósforo en 1946 hasta la cumbre de Glassboro (New Jersey, 1967) emergió una séptima configuración internacional, caracterizada por la *división bipolar rígida del mundo* en dos bloques de poder antagónicos, liderados por los EEUU y la URSS, quienes libraron una “Guerra Fría” por espacios de influencia global a través de *proxies* o terceros. Washington y Moscú, incentivados por el mutuo temor acerca de las supuestas intenciones expansionistas del otro y de efectos dominó desfavorables en su propia esfera de influencia, intervinieron durante esta séptima fase en los asuntos internos de diversos países, apelando a los disidentes del bando contrario, a la solidaridad de su propio bloque o buscando anticiparse a dichos efectos dominó desfavorables antes de que éstos se pusieran en marcha (Mandelbaum, 1998: 137-138). Para incrementar su margen de seguridad, compitieron por –y obtuvieron- un abrumador poder militar en términos de armas convencionales y nucleares.

Pero esta *bipolaridad rígida fue parcial*. El poder de atracción de EEUU y la URSS para obtener la fidelidad de los otros estados de sus bloques reconoció límites: la ruptura de Yugoslavia de 1948; la “pérdida” de China de la esfera de influencia

norteamericana en 1949; la mala alianza soviético-china transformada en divorcio tras la guerra de Corea de 1950-3; las revueltas en Alemania Oriental de 1953 y en Polonia y Hungría en 1956; y el deseo de Francia en 1960 y de China en 1964 por asegurarse un status nuclear independiente de Washington y de Moscú. Tras la cumbre de Glassboro de junio de 1967 entre los presidentes norteamericano y soviético, Lyndon B. Johnson y Alexei Kosyguin, la que llevó a la firma del Tratado de No Proliferación Nuclear en 1968, comenzó una etapa menos rígida de la bipolaridad, la de *détente* o distensión entre los EEUU y la URSS.

8. *Octava configuración de orden mundial: el concierto norteamericano-soviético vía cumbres (1967-1989): de la cumbre de Glassboro a la de Malta*

Esta nueva configuración abarcó los años 1967 a 1989, y estuvo caracterizada por una sucesión de cumbres entre los presidentes de los EEUU y la URSS en las que ambas partes buscaron reducir su arsenal atómico: Johnson y Kosyguin (Glassboro, junio de 1967); Richard Nixon y Leonid Brezhnev (Moscú, mayo 1972); Brezhnev y Gerald Ford

(Vladivostok, noviembre de 1974); y Jimmy Carter y Brezhnev en Viena (junio de 1979). La situación de paridad o estancamiento estratégico entre las superpotencias invitó a la emergencia de nuevos actores regionales con poder convencional y nuclear, un rasgo que flexibilizó la bipolaridad estructural del sistema.

El estallido de dos crisis petroleras (1973-4 y 1979) y su impacto sistémico, la crisis en 1972 del sistema del patrón de convertibilidad oro-dólar instaurado en la Conferencia de Bretton Woods en 1944 y el peso de la diplomacia petrolera en la guerra árabe-israelí de Yom Kippur de octubre de 1973 y en la expansión del modelo islamita saudí en un amplio espacio del mundo musulmán, fueron indicadores adicionales de la creciente complejidad que enfrentaron Washington y Moscú para administrar las crisis de un mundo crecientemente globalizado e interdependiente, con múltiples actores estatales y no estatales, y en el cual la dimensión económica de la agenda mundial fue adquiriendo una dinámica crecientemente autónoma respecto de la dimensión estratégica, complicando la capacidad de las superpotencias de actuar como vectores ordenadores de sus respectivas esferas de influencia.

9. Novena configuración: el unipolarismo norteamericano y sus tres fases (unipolarismo consentido 1989-1991; unipolarismo condicionado 1991-2001; y unipolarismo belicoso 2001-2003)

La caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989, la cumbre de Malta de diciembre del mismo año y el colapso de la Unión Soviética dos años después abrieron una nueva configuración internacional, caracterizada por el fin de la Guerra Fría entre los EEUU y la URSS y la emergencia de un momento unipolar estadounidense. Dicho momento puede dividirse, a su vez, en tres fases diferenciadas. La primera, de *unipolarismo consentido*, comprende el lapso entre la caída del Muro y el colapso definitivo del imperio soviético en diciembre de 1991, y tuvo su cenit durante la Guerra del Golfo Pérsico (diciembre de 1990 a febrero de 1991), en la cual el presidente norteamericano George H. W. Bush logró gestar una alianza de 43 países que incluyó a ex rivales de los EEUU en tiempos de la Guerra Fría (incluyendo a Siria y a la propia URSS). El apoyo soviético en el Consejo de Seguridad de la ONU, el aporte financiero alemán y japonés a las operaciones militares en el Golfo y el respaldo del grueso del mundo árabe a

esta guerra dirigida contra un “Estado villano” –*rogue state*– como el régimen de Saddam Hussein en Irak parecían evidenciar la vuelta a un concierto de grandes poderes como el gestado en Viena en 1815 (Rosecrance, 1992).

Pero el espejismo de un retorno a un nuevo concierto se diluyó tras la emergencia de dos sismos desestabilizadores en ese mismo año 1991 que marcaron el tránsito hacia el *unipolarismo condicionado*. El primero de ellos fue la independencia de dos ex repúblicas yugoslavas, Croacia y Eslovenia, la cual mostraba las dificultades de construir un orden mundial que ignorara las heterogeneidades étnicas y religiosas balcánicas. El segundo fue el fin de la Unión Soviética en diciembre. A estos dos sismos se agregaron otros tres: el de las crisis de Bosnia en 1993-1995 y Kosovo en 1999, el del genocidio en Rwanda en 1996 y el de la sucesión de crisis financieras en los mercados emergentes a partir de la crisis mexicana de 1994.

Tras los atentados terroristas a las Torres Gemelas y el Pentágono (11 de septiembre de 2001), el gobierno norteamericano de Bush hijo, se embarcó en una guerra global contra el terrorismo internacional, que marcó la tercera y última fase del momento

unipolar, la del *unipolarismo belicoso*, por sus negativos efectos en la relación trasatlántica Estados Unidos-Unión Europea. Guerra global que comprendió dos campañas militares cuyo impacto internacional fue muy diferente: la librada contra el régimen talibán de Afganistán en octubre-diciembre de 2001 y la llevada a cabo contra el gobierno iraquí de Saddam Hussein en marzo-mayo de 2003. En el primer caso, como ocurriese en la guerra del Golfo de 1991, Estados Unidos pareció contar con un liderazgo consentido por buena parte del resto del mundo (Soderberg, 2005: 273 y 276-277).

Como también ocurriese en la guerra de 1991, este momento de concierto de poderes con liderazgo norteamericano fue un espejismo pasajero. La insistencia del gobierno de George W. Bush a lo largo del 2002 en justificar el uso de la fuerza contra el régimen iraquí de Saddam Hussein como uno proliferante de armas de destrucción masiva (ADM) y que tenía estrechos vínculos con el grupo terrorista Al-Qaeda, generó un cisma entre viejos y nuevos aliados europeos de los EEUU. Francia y Alemania buscaron frenar la ofensiva militar de Washington contra Saddam a través de una estrategia de *soft balancing*, privando a Washington de sus votos en el Consejo de

Seguridad para legitimar la guerra contra Irak. Por contraposición, Gran Bretaña y los países de Europa del Este, adoptaron una de *bandwagoning* a las políticas norteamericanas sumándose a la *coalition of the willing* liderada por Washington en su guerra contra Saddam.

10. Décima configuración: el complejo mundo no unipolar del siglo XXI, entre la guerra de Irak de 2003, la crisis económica de 2008 y la desaceleración económica china de 2013

La guerra de Irak de 2003 y la crisis económica global de 2008 –la primera desde la crisis de 1929 que tuvo origen en los Estados Unidos- dieron un golpe mortal a la receta de primacía global norteamericana seguida por la administración de Bush hijo y abrieron la décima configuración de orden mundial. En ese momento, la declinante situación económica de Estados Unidos y las naciones desarrolladas de Europa Occidental contrastó agudamente con una China económicamente consolidada que celebraba orgullosamente los Juegos Olímpicos en Beijing (Kissinger, 2012).

Asimismo, las economías latinoamericanas experimentaron uno de los períodos de mayor crecimiento,

impulsado por el alza de las economías china e india -grandes compradoras de alimentos- y de los precios del petróleo. Dicho crecimiento sirvió de combustible para impulsar políticas exteriores latinoamericanas con un mayor grado de autonomía relativa respecto de los Estados Unidos, entre ellas la construcción de esquemas de integración en los que Washington estuvo ausente: la Alianza Bolivariana de las Américas (ALBA) en 2005, la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) en 2008 y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe (CELAC) en 2012 (Serbin, 2016: 36-37). Este sendero de crecimiento se mantuvo hasta la desaceleración económica de China de 2013.

El presidente norteamericano Barack Obama y muchos de sus asesores más cercanos, pertenecientes a una generación golpeada por los embates del 11-S, la guerra de Irak de 2003 y la crisis de 2008, han reaccionado al agotamiento de la receta de la primacía utilizado por su antecesor concibiendo para los Estados Unidos un rol global más modesto, expresado en el uso más acotado, selectivo y barato de la fuerza bélica en el exterior; la búsqueda de apoyos internos (Congreso y opinión pública) y externos (de Rusia, China, Francia y Gran Bretaña en el marco del Consejo de Seguridad de la ONU) como

requisito previo a cualquier intervención militar en el exterior; el impulso a arquitecturas de gobernabilidad económica global más amplias que las de posguerra, (el caso del G 20) y el liderazgo norteamericano “desde atrás” con protagonismo de otras potencias en el terreno del combate –de Francia y Gran Bretaña en la intervención en Libia en 2011; el de Rusia en la crisis en Siria y en la guerra contra el Estado Islámico (ISIS)- (Mann 2012: 71-72; Ezcurra, 2013; Badie 2013: 106-8 y 124-136).

11. Undécima configuración: el complejo mundo no unipolar del siglo XXI, desde la desaceleración económica de China de 2013 al presente

La desaceleración económica de China de 2013 abrió una nueva configuración mundial, en la que estamos aún inmersos. En la misma, se revirtió el dinamismo económico y político latinoamericano propios de la configuración anterior y la región Asia-Pacífico pasó a ser el epicentro de una serie de mega-acuerdos comerciales de amplio alcance que expresan una competencia geoestratégica emergente entre los EEUU, China y Rusia (Serbin, 2016). Mientras el TTIP (*Trans Atlantic Investment Partnership*), lanzado en junio de 2016, es una iniciativa bilateral

entre EEUU y los países de la Unión Europea que excluye a Rusia, el TPP (*Trans Pacific Partnership*) une a estados asiáticos y americanos del Pacífico con exclusión de China.

Beijing ha respondido a estas iniciativas con sus propias arquitecturas de orden global. En 2014 lanzó el RCEP (*Regional Comprehensive Economic Partnership*), anunció la creación de un Área de Libre Comercio del Asia Pacífico (*Free Trade Area of the Asia Pacific*, FTAAP) y la del Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (*Asian Infrastructure Investment Bank - AIIB*-). La FTAAP es una alternativa china al TPP impulsado por los EEUU; y el AIIB es una versión china del Banco de Desarrollo de Asia (ADB) y del Banco Mundial, multilateral y abierta, pero centrada en China. A su vez, Beijing -desafiado por Washington en la región Asia-Pacífico- y Rusia -desafiada por los EEUU en el conflicto entre Rusia y Ucrania de 2013-2014- han promovido un acercamiento recíproco: acuerdos bilaterales para la construcción de dos gasoductos, y convenios entre sus respectivas arquitecturas regionales, la Unión Económica Euroasiática (UEEA) y la Ruta de la Seda (Serbin, 2016: 43-47).

A esta competencia en formato de mega-acuerdos comerciales entre

Washington, Biejing y Moscú, se suman otros elementos de desorden global, peligrosamente cercanos al extremo del Estado de naturaleza hobbesiano: el *Brexit* en Gran Bretaña, el avance político de la ultraderecha en Europa y el tono agresivo de campaña del candidato triunfante de la presidencia de los EEUU en 2016, Donald Trump.

III. Conclusiones

La emergencia y cierre de las configuraciones presentadas en este artículo confirma la importancia de leer las mismas desde el prisma de un enfoque ecléctico que combine los enfoques teóricos del realismo y de la interdependencia compleja en relaciones internacionales. Si bien el realismo puede darnos una pista útil al poner el énfasis en el periódico estallido de guerras entre grandes potencias, ligadas a las disputas por la hegemonía o predominio de una de

ellas y a las reglas de coexistencia, cooperación y conflicto entre todas ellas, dicho enfoque no suele tomar en cuenta de que el agotamiento y colapso de dichas reglas no sólo obedece a intereses cambiantes de los representantes de los Estados, sino también a los intereses y presiones de actores no estatales que están por debajo y por encima de los aparatos estatales, tal como nos advierte el enfoque de interdependencia compleja. La erosión del concierto entre grandes potencias europeas del siglo XIX, el estallido de las crisis balcánicas de principios del siglo XX, la caída del Muro de Berlín o la liberación de las naciones de Europa del Este del yugo comunista no fueron fruto exclusivo de las acciones u omisiones de los hombres de Estado. Los pueblos fueron el motor de muchos de estos eventos y los líderes políticos se subieron a la ola o corrieron detrás del cambio histórico.

Bibliografía

Aron, R. (1985). *Paz y Guerra entre las naciones*, Madrid, Alianza, Vol. 1.

Badie, B. (2013). *Diplomacia del contubernio. Los desvíos oligárquicos del sistema internacional*, Sáenz Peña, Universidad Nacional de Tres de Febrero.

Ezcurra, A. M. (2013). *La era Obama. Estrategia de seguridad y política exterior*, Sáenz Peña, Universidad Nacional de Tres de Febrero.

Hobsbawm, E. (2001). *La era del imperio, 1875 -1914*, Buenos Aires, Crítica, Planeta.

Kissinger, H. (1995). *La diplomacia*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.

_____. (2012), *China*, Buenos Aires, Debate.

Mandelbaum, M. (1998). *The Fate of Nations. The Search for National Security in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Cambridge, New Jersey, Cambridge University Press.

Manela, E. (2005). “A man ahead of his time? Wilsonian globalism and the doctrine of preemption”, *International Journal*, Autumn, pp. 1115-1124.

Mann, M. (2012). *The Obamians. The Struggle Inside the White House to Redefine American Power*, New York, Penguin Group.

Nye, J. (2010). “The Future of American Power”, *Foreign Affairs*, November/December 2010, Vol. 89, N° 6, pp. 2-12.

Rosecrance, R. (1992). “A New Concert of Powers”, *Foreign Affairs*, Vol. 71, N° 2, Spring, pp. 64-82.

Serbin, A. (2016). “América Latina y el Caribe frente a los desafíos de un nuevo entorno global: el impacto de la nueva bipolaridad China-Estados Unidos y los mega-acuerdos”, en Pastrana Buelvas, E., y Jost, S., *Incidencias regionales y globales de la Alianza del Pacífico*, México D.F., Fundación Konrad Adenauer, Editorial Gedisa, pp. 25-60.